

**RODRÍGUEZ VALLS, Francisco, *El sujeto emocional. La función de las emociones en la vida humana*. Sevilla: Thémata, 2015, 185 pp.**

**JESÚS FERNÁNDEZ MUÑOZ**

Contratado Predoctoral PIF de la Facultad de Filosofía  
Departamento de Estética e Historia de la Filosofía  
Facultad de Filosofía  
Sevilla/España  
jesusfdez@us.es

Recibida: 7/04/2017  
Revisada: 23/04/2017  
Aceptada: 29/09/2017

Francisco Rodríguez Valls, Profesor Titular de Filosofía de la Universidad de Sevilla, presenta un novedoso ensayo sobre las emociones, en particular, un ensayo sobre la *función* de las emociones en la vida humana. Y esta novedad tiene aún más relevancia si se tienen en cuenta la cantidad de trabajos, de todo tipo, que aparecen sobre las emociones (que suelen ser libros con *consejos* para la *autoayuda*), muchos de ellos llegando a ser auténticos *best-seller* de divulgación pero que, a fin de cuentas, no dicen *nada* o, al menos, nada novedoso: le dan vueltas una y otra vez a lo mismo, sin entrar en el fondo del asunto, es decir, sin adentrarse en la visión ontológica del ser humano; que es la base para comprender los fenómenos existenciales y prácticos de la vida.

Ese es precisamente el trabajo que se ha tomado el autor de este libro al profundizar en ese tema desde una perspectiva interdisciplinar; en las funciones de las emociones en la vida humana, es decir, en la vida de todos y cada uno de los seres humanos. Y, aunque es un libro escrito por un profesor de Filosofía, es, como se ha indicado, interdisciplinar porque tiene mucho de antropología social, de psicología, de neurobiología o de sociología; y para muestra solo hay que echar un breve vistazo a las referencias bibliográficas utilizadas. De hecho, en palabras del propio autor, el trabajo lo escribe desde la *antropología filosófica*, lo que significa que trabaja filosóficamente los datos que las ciencias empíricas aportan.

El libro se divide en cuatro capítulos bien estructurados y concretos, es decir, quien lea atentamente el índice y, por tanto, los epígrafes de cada capítulo, se puede hacer una idea general y clara de lo que el autor aporta en el estudio.

El capítulo 1: “Las emociones y el problema de la unidad de la persona” se plantea, en distintos epígrafes, el *problema de la unidad* y, por ende, la integración de las estructuras de la subjetividad humana: buena muestra de la problemática está en los múltiples materialismos y espiritualismos que han tenido lugar a lo largo de la historia; es decir, el dualismo ha sido la tónica más importante en este tema. Así las cosas, el autor lo que propone es no considerarlo un problema en cuanto tal, sino articular esa pluralidad, porque inexorablemente la pluralidad tiene que ser integrada (unificada) existencialmente. Y parte de aquí porque lo que quiere mostrar es cómo la persona consigue la unidad y cómo precisamente esa unidad se puede comprender desde el punto de vista emocional. Una emoción que la considera con aquello que podríase llamar “parte de la naturaleza”, porque la pura lógica en la acción no lleva precisamente a la acción objetiva sino más bien a la *no-acción* (inacción) y, por lo tanto, al fracaso existencial y la absoluta indiferencia. Por todo ello, Rodríguez Valls, deja especialmente claro que las emociones son “aquello que hace que algo nos importe, que nos impliquemos y que podamos hacer proyectos que pueden ser realizados porque se hacen con ilusión” (p. 29); por el contrario, el sujeto apático, no es el que reivindica la –por algunos soñada– *objetividad total*, sino el sujeto al que le da todo igual.

En este primer capítulo se analiza al ser humano como *animal que tiene lenguaje*, así como esa pluralidad de la subjetividad humana y el hábito de las emociones: que originariamente tuvieron la función reguladora de la conducta animal, dotando a éste de herramientas para su supervivencia física (por eso los instintos animales tienen, igualmente, la finalidad de mantener vivo al animal en cuestión). Todo ello implica que el ser humano tampoco es dueño, completamente, de lo que siente y, entonces, lo orgánico es lo suficientemente complejo como para que no puedan ser dominadas algunas reacciones o sentimientos de forma racional y consciente: precisamente para eso sirven las emociones, para establecer una serie de pautas comportamentales que conducen a conservar la *integridad vital* (diríase una función adaptativa). Siendo necesarios los “hábitos” en las circunstancias culturales no naturales en las que las emociones “instintivas” no sirven, no son necesarias y, entonces, los “hábitos” sustituyen a esas emociones. Pero un hábito es siempre una actividad que está mediada por el aprendizaje. Por otra parte, al final de este capítulo a lo que se apunta es a la unidad y la diferencia emocional del género humano, que concluye con la función que tiene la emoción precisamente en la unidad del género humano (cuestión que no es óbice para la pluralidad cultural y pluralidad de proyectos existenciales sobre lo que el autor no tiene duda).

El capítulo 2 “¿Qué es una emoción?” comienza por la definición del filósofo y psicólogo norteamericano William James sobre qué es una emoción que publicó en *Mind* en el año 1884. En el artículo sobre la teoría de la emoción lo que hace

es resaltar los aspectos *emocionales* que habían estado eclipsados por las investigaciones relacionadas con las funciones cognitivas. El ser humano no es una máquina de calcular (no es una computadora), por lo tanto, tiene especial sentido estudiar las emociones como el resultado de una serie de fenómenos fisiológicos (fenómenos corporales). La hipótesis de trabajo que se presenta en el capítulo es la denominada “James-Lange” que corresponde a la del mencionado William James y la del psicólogo danés Carl Lange que propuso una teoría similar a la de James de manera independiente: la diferencia más clara entre los dos es que Lange considera que su tesis apoya el materialismo y James no lo piensa así. Otra diferencia consiste en que Lange subraya la importancia de la emoción en el *sistema vasomotor* y, por su parte, James, se centra en *los órganos internos y los músculos*.

Lo que se afirma, principalmente, es que la emoción es un *fenómeno corporal* y no un juicio intelectual. De hecho, como indica el profesor Rodríguez Valls, el propio Darwin ya tenía la posición de que la emoción es un *impulso* de conducta que tiene su origen en la repetición en muchas generaciones hasta llegar a hacerse innata, es decir, instintiva e inconsciente. Por lo que la emoción forma parte de la inteligencia natural que sirve para la supervivencia cada vez más eficaz. Y, de hecho, en la actualidad el avance de la *epigenética* está muy en consonancia con esas hipótesis darwinistas.

Sin embargo, existe una crítica a la postura de James-Lange, en concreto, sobre si las emociones radicaban en el sistema vasomotor (Lange) o en las vísceras (James). Y ciertos experimentos del psicólogo Walter Cannon demostraron que no son los fenómenos fisiológicos los que determinan las emociones.

La causa de las emociones deberá ser, pues, psíquica: el componente psíquico en las emociones es bien claro, aunque se acompaña de manifestaciones físicas (fisiológicas). De ahí las investigaciones en neurobiología que estudian la estructura del cerebro y las distintas funciones de cada área del mismo.

En el capítulo 3 “Clasificación de las emociones” se estudia la clasificación *descriptiva* realizada por el psicólogo Paul Ekman que se basa en la búsqueda de manifestaciones corporales de la emoción que intenta buscar emociones comunes en todos los seres humanos y, por otro lado, también se analiza la clasificación *explicativa* de Tomás de Aquino, fundamentalmente porque ofrece un panorama completo de la naturaleza de la emoción. Al final del capítulo se establece una pertinente valoración y comparación entre ambas clasificaciones, entre la de Ekman y el Aquinate.

Por último, el capítulo 4 “Intencionalidad de las emociones. El sí mismo, los demás, la realidad” se centra en las emociones propiamente humanas como son la *angustia* y la *risa*. El propósito lo deja claro el propio autor e indica que no intenta entrar en discusiones sobre si hay otras emociones *exclusivamente*

*humanas* como puedan ser la culpa, el orgullo o la vergüenza, eso entraría en otros intereses más relacionados con la psicología, por lo tanto, a partir de la angustia y la risa postula otro tipo de emociones que se derivan de ellas e indica, además, la *importancia política* que pueden tener las emociones.

Para la explicación de la angustia como una expresión emocional ante *el abismo de la libertad* acude a Kierkegaard, Sartre y Heidegger fundamentalmente: la angustia, entonces, es un sentimiento que está abierto a la incertidumbre, a lo indeterminado por la conciencia que tiene el hombre de la posibilidad de perderse en su futuro. Respecto a la risa la desarrolla como fenómeno fisiológico, pero también como un fenómeno intelectual porque la risa denota la capacidad de distinguir lo real de lo irreal, es decir, la capacidad de apreciación de las circunstancias y el contexto. El autor, pues, mantiene que no hay risa en otras especies animales. Lo que se deja claro, en definitiva, es que tanto la angustia como la risa son fuente de diversas emociones distintas que se pueden modular de muchas formas. En relación a la angustia el autor habla de la beatitud y de la desesperación vital, así como del aburrimiento, el pudor y el llanto.

Para finalizar, Francisco Rodríguez Valls, propone un “Epílogo conclusivo” especialmente interesante en el que comienza subrayando que “la vida del ser humano no tiene por qué ser diseñada científicamente” (p. 169) porque está claro que, aunque para vivir el ser humano requiere conocimiento, el conocimiento no tiene que ser el propio de la ciencia y, de hecho, es así; la mayoría de las personas viven bien sin saber nada sobre el método científico, porque en el ámbito de la vida práctica lo necesario es un conocimiento eficaz y útil –resolutivo–. Y es que organismos aprenden a interiorizar las conductas que les permiten sobrevivir y triunfar evolutivamente, siendo las emociones uno de los mecanismos más relevantes en la propia evolución humana.

Las emociones son, por lo tanto, un conocimiento –*incorporado orgánicamente*– que le ha permitido al ser humano triunfar frente a multitud de adversidades del medio y, además, esas emociones se han ido moldeando y adaptando a lo largo del tiempo; pasando de un aspecto más instintivo y animal a un cierto hábito humano que trasciende aquellas emociones estrictamente naturales.

Todo ello quiere decir que, ante multitud de novedades en un medio socio-culturalmente cambiante, el ser humano muchas veces no sabe cómo responder y, sin embargo, las emociones y la subjetividad en general se puede reorganizar de manera que sirva para el bienestar del sujeto en cuestión, pues la razón y la emoción no son opuestos y se integran. El tema a tratar tiene que ser, pues, la educación de las pasiones y no el sometimiento a las mismas, de ahí que el autor haya presentado su trabajo desde un punto de vista interdisciplinar y apostando por él sin ambages también para futuribles y amplias investigaciones sobre las

emociones humanas por parte de la filosofía, así como de la psicología, la neurobiología, la etología y demás disciplinas afines.

En definitiva, teniendo en cuenta que las emociones están presentes inexorablemente en la vida humana y son fundamentales para el desarrollo vital de todos los individuos, la apuesta del autor es, pues, el intento de comprender cada vez mejor las emociones. Y sin lugar a dudas con este ensayo ha puesto las cartas sobre la mesa al realizar una sistematización amplia del estado de la cuestión para que la tarea comience a replantearse; dejando atrás los viejos modelos sobre la vida emocional para dar lugar al planteamiento de nuevas hipótesis que aporten una nueva visión actualizada de la teoría de las emociones humanas.